

Carlos Jiménez Escolano

*UN PAIS
INGOBERNABLE*

*Amadeo I, Rey de España, que reinó
sin los españoles poco más de dos años.*

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escribanos y atenderemos su petición gustosamente.

© Carlos Jiménez Escolano

© Editorial Creación

Jaime Marquet, 9

28200 - San Lorenzo de El Escorial

(Madrid)

Tel.: 91 890 47 33

E-mail: oficina@editorialcreacion.com

www.editorialcreacion.com

Ilustración de portada: C. Jiménez Escolano

Diseño de portada: Mejiel

Primera edición: Abril de 2009

ISBN: 978-84-95919-39-7

Depósito Legal:

Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

*A Maria José Camacho, mi amiga y
colaboradora, sin cuya ayuda y apoyo, nunca
hubiera podido escribir este libro. Es tuyo también.*

Carlos.

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer su inestimable ayuda a todas aquellas personas que, de forma altruista, han colaborado en la recopilación y procesado de la documentación imprescindible para la investigación que ha conducido a la elaboración de este libro. Gracias de todo corazón.

ÍNDICE

	Página
Prólogo.....	11
Introducción	31
Capítulo I.- El proyecto de Prim.....	35
Capítulo II.- La Gloriosa.....	46
Capítulo III.- A la busca de un monarca	79
Capítulo IV.- Eliminar a Prim	95
Capítulo V.- ¿Quién quiere un rey?.....	108
Capítulo VI.- Se inicia el tormento de la reina	131
Capítulo VII.- Annus Horribilis	159
Capítulo VIII.- ¿Asesinar al rey?	182
Capítulo IX.- El final de algo y el principio de nada.....	193
Capítulo XI.- Sonrisas y lágrimas.....	221
Capítulo XII.- Madrid ¿Qué hiciste con tu rey?	256
Bibliografía	277
Testimonios.....	281

INTRODUCCION

En los últimos años se ha despertado, no sé si el interés, la oportunidad o el duende dormido de algo que el español parece llevar dentro de sí, que es la curiosidad por escarbar en sus raíces, y se ha invadido el medio literario con libros de temática histórica. Biografías, ensayos, novelas históricas o historia anovelada, campan por el hogar retórico del blanco sobre negro, a la espera del curioso lector, y con intención más o menos comercial, pero casi siempre con resultados triunfantes.

En realidad, no es este mi interés. En primer lugar, mi profesión es la Medicina, de ella he vivido siempre y de ella vivo y pienso continuar haciéndolo. A pesar de todo he sido desde bien joven un apasionado lector de la Historia y de forma mas concreta la Historia Española; ello me ha permitido, no solo adquirir conocimientos procedentes de diversas fuentes, sino ir formando mi propio criterio, mi opinión sobre los hechos de los hombres, que, dado mi instinto comunicativo, cada vez me resultaba más difícil reservarme.

Y llegando este momento creo que es imprescindible presentarme a los lectores y pasar por el difícil trance de definirme. Siempre me he considerado, humildemente y a la cola, heredero de la tradición, desgraciadamente ya en desuso, de los médicos humanistas, quienes han dado a las letras españolas luminosas satisfacciones y a la Medicina ropaje de ilustrado honor.

Desde el punto de vista “político”, aunque siempre me he resistido a prenderme la etiqueta de rigor, cuando comencé a pensar seriamente en este libro, no pude por menos de descubrirme y convencerme de que soy un monárquico por inmersión. Es decir, que el haberme sumergido desde que tengo uso de razón a bucear en los entresijos de la historia de mi raza, me he llegado a impregnar del espíritu monárquico, tantas veces como no he podido por menos de sentirme integrado en las

actividades cortesanas y sus intrigas, en las batallas, lances, etc. Monárquico por inmersión, a pesar de que conservo, afortunadamente, aún, la distancia, la perspectiva suficiente, para contemplar la realidad histórica, implicándome, haciéndome cómplice de los personajes y los sucesos, cual si me transportara en la máquina del tiempo, pero con un juicio crítico, que en ocasiones a quien me escucha o me lee, podría parecerle una manera de enjuiciar la acción política o personal de los protagonistas de nuestras casas reinantes, o sus gobiernos, infiltrado de una cierta decepción antimonárquica. Nada más lejos de la realidad. Pienso que al amor se llega por el respeto a la verdad, aceptando al personaje investigado como es, aunque no se comparta su trayectoria. La historia fue; ocurrió en el pasado y dejó huella; su acontecer en cada instante, en el tiempo y lugar, es un eslabón que necesariamente se enlaza con el siguiente, arrastrando consigo todos los anteriores. La historia fue, y nos ha traído hasta donde estamos hoy. Nadie puede cambiarla, a pesar de que en nuestro tiempo existen personajillos muy interesados en borrar algunos de sus momentos, ensalzando de forma desmedida otros, y tratando de convencernos de que las cosas fueron como nunca han sido. Lo más que se puede y se debe intentar es aprender de ella. A mi, personalmente, me parece maravilloso y privilegiado sentirme partícipe de los éxitos y de los errores de los seres humanos desde que adquirieron la posición bípeda, sin avergonzarme de nada, así como poder contar mi experiencia interior para compartirla con mis coetáneos.

Yo soy médico, y por ello me relaciono diariamente con mis congéneres, con sus miserias físicas y psíquicas: con sus luchas y sus incapacidades por vencerlas; y diariamente aprendo de mis pacientes a vivir, y doy gracias por ello.

Ahora, me siento comprometido a justificar el por qué he elegido al personaje de Amadeo I de Saboya y su época. Pues bien, siempre he sentido que como español tenía una deuda contraída con el Duque de Aosta, quien nunca ha sido desagraciado suficientemente en virtud de su infructuoso, pero encomiable empeño en ganarse el respeto y cariño de los españoles. Además, el siglo XIX constituye el crisol donde se co-

menzaron a fundir todos aquellos acontecimientos que, política y socialmente, han conducido hasta estos últimos años de nuestros pecados; en él se forjó el español que somos ahora, con nuestras verdades y nuestras mentiras, nuestros excesos y nuestras insuficiencias. En el siglo XIX se comenzó a retocar a aquel celtíbero-fenicio-griego-romano-judío-godo-árabe, para que adquiriera el aspecto y carácter actual, aunque haya quien siga negando aquellos orígenes, que han hecho del hispano un individuo característico, único y plural, nos guste o no nos guste. Aquel habitante del terruño ibérico, al que odiaba visceralmente el patético Sabino Arana, del que no voy a extenderme más, ya que la herpetología no es motivo de comentario en este libro.

España con Amadeo de Saboya tiene una deuda, en la que incluyo a los republicanos. Los representantes legítimos de la nación fueron a buscarle a su tierra para ofrecerle la corona, y la jefatura del Estado Español. El duque exigió contar con la mayoría del Parlamento, para aceptar la proposición, y así fue. Juró respetar la Constitución española, y las instituciones, y lo cumplió. Fue tratado con el más absoluto desprecio y la más baja descortesía, y cuando comprobó que sus esfuerzos eran estériles, y el pueblo ambicionaba otros senderos, desapareció en silencio para dar paso a la, tan ansiada, república, que resultó que tampoco era lo que querían los españoles. A este hombre bueno y honesto le debemos nuestro homenaje, y con esa intención he dedicado dos años a ampliar mis conocimientos, investigando sobre los personajes, protagonistas de aquellos años turbulentos, usando de todos los recursos al servicio del saber que me han sido accesibles, —a pesar de que herramienta tan insustituible como la Hemeroteca Nacional para la investigación, me ha resultado vedada por la incompetencia y falta de profesionalidad de algún funcionario resentido—, y con esas alforjas, y toda la humildad de que soy capaz, recorrer el intrincado camino de la comunicación a través de la escritura.

Carlos Jiménez Escolano.

CAPÍTULO I

EL PROYECTO DE PRIM

Y en la farsa visteis, como en las farsas de la vida que a los muñecos, como a los humanos, muévanlos cordelillos groseros, que son los intereses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición: tiran unos de los pies y los llevan a tristes andanzas; tiran otros de las manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero, entre todos ellos, desciende a veces del cielo corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna: el hilo del amor... y nos dice que no todo es farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba.

Jacinto Benavente (Los Intereses Creados)

Hoy en día la devoción popular festeja a la Virgen de la Almudena como la patrona de Madrid por ser considerada, según la tradición, aquella capilla donde se inició su culto como el primer templo cristiano de la villa manchega que actualmente es la capital de España, y que fue levantada en el lugar donde antes existió una mezquita.

No obstante, fue el Papa Benedicto XIV, el que, en una de sus cartas y a solicitud de Fernando VI, declaró a la Virgen de Atocha como Patrona de Madrid, vocablo que, según López de Hoyos en su declaración de las armas de Madrid, en árabe quiere decir «lugar ventoso y de aires sutiles y saludables, de cielo claro y sitio y comarca fértil».

Como se ve, la devoción por la Virgen de Atocha ha recorrido una larga historia. Fue Alfonso VI quien tras entrar en Madrid amplió la pequeña capillita de Santa Leocadia para dar acomodo a los Dominicos, incorporándole las tierras contiguas que en un principio estos frailes utilizaron como huerto donde obtener los recursos para su subsistencia. Así fue como esta pequeña iglesia comenzó el culto a la Virgen, cuya imagen se cuenta que fue traída de Antioquía, nada menos que por alguno de los apóstoles y colocada en esta ermita, que ya era venerada por los lugareños y conocida popularmente como Virgen del Atochar, esto es, del lugar donde se cultiva una planta muy semejante al esparto y muy apreciada en aquella época para trenzar, y conocida como atocha. Entre estas altas hierbas, en un prado recóndito, los piadosos vecinos del contorno hubieron de esconder la figura de la Virgen en tiempos de la invasión sarracena, siendo allí encontrada posteriormente por el caballero Gracián Ramírez, dueño de aquellas fincas, que reconquistó con algunos otros caballeros, entrando victorioso en Madrid. Mas cuenta la leyenda que antes de iniciar su arriesgada gesta, y por si fracasaba, degolló con sus propias manos a su mujer e hijas para evitar dejarlas expuestas a la crueldad del moro, tras lo cual encomendó a la Virgen su misión. Tras concluir con éxito la reconquista se arrepintió de su acción y volvió para rogar el perdón de Nuestra Señora, hallando vivas a sus víctimas al pie de la santa imagen.

Esta pequeña iglesia adquirió gran renombre por todo Madrid extendiéndose la devoción fervorosa a la Virgen de Atocha, hasta el punto de que no ha dejado de ser objeto de continuas reformas su templo por los distintos reyes españoles. La primera importante reforma la llevó a cabo Felipe II en 1.588, posteriormente su nieto Felipe IV realizó una ampliación y en 1.697, tras ser expulsados los dominicos, su recinto se transformó en cuartel para heridos de guerra. Fernández de los Ríos nos comenta: «Ni grande ni hermosa, fue reedificada casi por completo después de la Invasión francesa». Aunque bastante deteriorada volvió a recuperar su culto hasta el punto de que en esta iglesia se casó Isabel II, siendo declarada Real Basílica de Nuestra Sra. De Atocha.



Basílica de Nuestra Señora de Atocha

La siguiente reforma se llevó a cabo por orden de la reina regente M^a Cristina, segunda esposa de Alfonso XII, que, así mismo, mandó construir contiguo al templo, un Panteón de Hombres Ilustres que puede visitarse en la actualidad.

Por último en 1.924 el rey Alfonso XIII construyó iglesia y convento, que el veinte de julio de mil novecientos treinta y seis, a consecuencia del delirio destructor que recorría las calles de Madrid, fue incendiada hasta sus cimientos, siendo asesinados todos los frailes que la habitaban. Mejor dicho, todos no, ya que, de forma asombrosa, consiguieron sobrevivir ocultos bajo los escombros un sacerdote y un fraile que fueron quienes tras la Guerra Civil dedicaron todo su esfuerzo para que la Santa Sede ordenara que sobre sus cenizas se levantara la Basílica que hoy existe.



General Prim

Poco antes del magnicidio del general Prim, más concretamente el 12 de Junio de 1.870, fueron depositados en esta Basílica durante veinticuatro horas, y en tránsito desde Ceuta a Zaragoza, los restos mortales de la heroína aragonesa de la Guerra de la Independencia, en una caja cubierta con paño negro, que portaba las insignias de alférez graduado de teniente de Artillería que ostentaba la heroica Agustina.

Así mismo el 4 de Junio de 1.869 había albergado la Basílica de Atocha los restos de Lanuza y del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, camino del Panteón Nacional.

En la fría mañana del día 2 de enero de 1.871 Madrid amaneció cubierto por un manto de nieve. Ese invierno fue especialmente frío; el estanque del Retiro se heló hasta el punto de permitir que fuera utilizado para acarrear hielo. El cielo gris plomizo lloraba pequeños copos de nieve que daban a la ancha avenida bordeada de encinas que acce-

día a la Basílica de Atocha, en fechas estivales polvorienta y seca, el triste decorado que los últimos acontecimientos ocurridos en Madrid habían pintado para recibir a una Navidad que no era posible prever de júbilo popular.

Ante el complejo conventual llegó una comitiva de gran ostentación a la cabeza de la cual cabalgaba un joven de poblada barba negra montado sobre un caballo blanco con uniforme de Capitán General.

El Rey Amadeo había llegado a Madrid.

El entusiasmo popular que a su paso se suscitaba, no ha podido quedar aclarado según las fuentes que se consulten. El diario LA DISCUSION refiere el fervor popular hacia el nuevo Monarca rayó en delirio. Los españoles en unanimidad gritaban ¡Viva el Rey!». Pero Vicente Palacio Atard —*La España del siglo XIX. 1.808-1.898*. Espasa Calpe— comenta que «al llegar a Madrid el recibimiento oficial solemnemente contrastó con la frialdad del público».

Amadeo I bajó del caballo ante el cerco de la Basílica, que lo constituía una portada de varios arcos abiertos al atrio y cerrados por rejas. La iglesia estaba diseñada como un doble templo, ya que «tenía adosado a su lateral un camarín principal e integrado este por varias naves sostenidas por pilares y cubierta por veinte cupulillas», según nos lo relata De Lucas Jordán.

El Rey se detuvo un momento, la mano izquierda aferrada a la empuñadura de su sable, y deslizó su mirada desde abajo hacia arriba, contemplando aquella fachada, aquel frente de construcción desmesurada que sobrepasaba en mucho los tejados de los recintos que constituían las dos naves, que en paralelo formaban el conjunto arquitectónico del culto, con más aspecto de edificio civil que religioso, de aire sexcentista y adornado con cuadrículas, círculos, blasones y las estatuas de Santo Domingo y la de la Virgen, que quedaban empotrados en el mismo muro, en sendas oquedades. El frontal se remataba en bolas asentadas sobre pináculos, dando todo ello a la construcción un cierto aire herreriano.

Avanzó el Monarca unos pasos, seguido por el cortejo que encabezaba el general Serrano —a la sazón Regente del huérfano Estado—

Cánovas, Olózaga y Sagasta, deteniéndose un instante en el dintel del pórtico, debido a Fernando VI, que daba acceso al recinto. Se descubrió lentamente la cabeza del sombrero militar bicornio. Por un momento contempló la nave principal con planta de cruz latina, de malas proporciones arquitectónicas y aspecto muy barroco, que exhibía unos magníficos frescos de Herrera el Mozo, Francisco Rizi, Carreño y Lucas Jordán.

*

Al fondo se encontraba un féretro rodeado de cuatro velones y escoltado por dos coraceros —ya que a pesar de que el cuerpo militar que daba guardia a reyes y rendía honores a principales era el de alabarderos, creado en 1.504, había sido disuelto después de la Revolución de 1.868 y sería reorganizado posteriormente en 1.875, un año después de que fuera disuelto nuevamente el de coraceros— en el cual reposaban los restos mortales del, hasta pocos días antes, Presidente del Consejo de Ministros, general Juan Prim. La Virgen de Atocha, flanqueada por las banderas procedentes de los extinguidos batallones Provinciales que le fueron entregados el 9 de Agosto de 1.867, quedaba iluminada por la mortecina luz que proporcionaban unos candelabros, y la que entraba por las vidrieras, en aquella tarde que un castizo denominaría de cielo gris de panza de burra.

Numerosas personalidades entre las que se encontraban Castelar, Ulloa, López de Ayala, Cristino Martos, Moret, Beranguer, Ríos Rosas, Rivero, Santa Cruz, y demás diputados en Cortes, senadores y jerarquías militares y religiosas, formaban grupos más o menos heterogéneos de los que se elevaba un murmullo quedo, provocado por los comentarios de tantos acontecimientos e incidentes que las últimas semanas habían tenido lugar, que se apagó bruscamente, al tiempo que todas las cabezas giraban y todo el mundo se alineaba a ambos lados del pasillo central donde la roja alfombra extendida sobre él apagaba el sonido producido por el golpear de los tacones de las botas de montar del Rey, cuando aquel hombre de mediana estatura y porte noble co-

menzó a andar pausada y ceremoniosamente. Todos los presentes a su paso inclinaban la cabeza respetuosamente pero a nadie pasó desapercibido el gesto ausente, mezcla de severidad, tristeza e indisimulada preocupación del que en breve iba a transformarse en Amadeo I de España.

**

Detengámonos aquí para esbozar la trayectoria política y militar de Juan Prim y Prats, conde de Reus, marqués de los Castillejos vizconde del Bruch y desde el punto de vista político el principal, y probablemente el único valedor de la coronación de Amadeo I, duque de Aosta, como rey de España.

El general Prim nació en Reus el 6 de diciembre de 1.814. Hijo de un notario que acabo haciendo carrera militar en las contiendas contra Napoleón.

Fue liberal de convicción y casó con Francisca Agüero, una dama mejicana de familia muy acomodada, el 31 de enero de 1.856 en el templo de la Magdalena de París.

Durante la guerra carlista tomó parte activa en multitud de acciones, desde los 19 años de edad en que ingresó en el Batallón Franco de Tiradores, descollando por su arrojo y heroísmo en tierras catalanas. Fue ascendido a coronel por su heroico comportamiento en la Batalla de Casa Llovera, donde fue herido en una pierna al tiempo que muerto el caballo que montaba.

En 1.841 ocupó por primera vez los escaños de la representación nacional como diputado de Tarragona. Su carácter impulsivo le llevó a manifestarse abiertamente en contra de la política del regente Espartero, primero en las Cortes, donde exhibió un duro parlamento contra el duque de la Victoria, el 19 de mayo de 1.843, y después mediante las armas, el 30 de mayo al sublevarse en Reus, defendiendo la ciudad contra catorce batallones de infantería, 400 caballos y 20 piezas de artillería y forzando la retirada de Zurbano, incondicional defensor de la causa de Espartero, el cual no tuvo más remedio que renunciar a la re-

gencia. Se decidió, por parte de aquellos que derrocaron a Espartero, a saber Narváez, Serrano, González Bravo y Prim, no nombrar a nadie como regente y mantener, con el título de Gobierno Provisional, el que estaba presidido por Joaquín María López desde el veinte de julio de mil ochocientos cuarenta y tres.

Fue gobernador militar de Barcelona, adonde se le destacó para reprimir la agitación popular del 17 de agosto del 1.843, causada por el choque entre el Gobierno Provisional y la Junta de Barcelona, que provocó el levantamiento de la Seo de Urgel, Mataró, Gerona, Figueras y todo el Ampurdán.

Posteriormente en 1.844, fue nombrado gobernador de Ceuta, cargo que no llegó a ocupar por verse envuelto en ese mismo año en una conspiración y condenado a prisiones militares, aunque no cumplió la sanción al ser indultado por la Reina.

Fue gobernador de Puerto Rico, en donde se granjeó la fama de cruel, ya que consiguió controlar el bandolerismo utilizando la represión y los fusilamientos en masa. No obstante, fue condecorado por el rey de Dinamarca con la Gran Cruz de la Orden de Dannenbrog al contener la insurrección de los esclavos en las Islas de Santa Cruz y de Santo Tomás, adonde acudió con sus tropas en ayuda del gobernador danés atendiendo a su llamada de auxilio.

Nuevamente su carácter vehemente le conduce ante un Consejo de Guerra por haberse manifestado de forma indisciplinada contra la detención de su amigo Mariano Pons, siendo condenado a 6 meses en el Castillo de Alicante, castigo que, una vez más, quedó en agua de borrajas.

En la guerra ruso-turca de Crimea y posteriormente en África —verano de 1.859— obtuvo renombre y experiencia política y militar que fueron compensadas con el grado de teniente general y el título de Grande de España de primera clase, como premio a la rapidez y limpieza con que resolvió el problema marroquí en las batallas de Tetuán y Wad-Ras. Quiero hacer notar que en el juramento de fidelidad que siguiendo el ceremonial hubo de hacer al ser nombrado Grande de España ante la Reina Isabel II manifestó: «...defender vuestros derechos

al Trono Constitucional de las Españas... y a vuestra persona siempre y en todas ocasiones... hasta derramar la última gota de mi sangre...», poco acorde con los acontecimientos de nueve años después.

Su prestigio militar crecía como la espuma tanto entre el estamento de las armas como en la opinión popular. La Reina Isabel II le envió en representación de España y comisionado por Inglaterra, Austria y Francia con sus tropas a Méjico, para encabezar la negociación con el Presidente Juárez y obtener los avales políticos que permitieran evitar acontecimientos como los que en el pasado enfrentaron a ambos pueblos.

Revestido de grandes poderes, que por cierto no agradaron nada al general Serrano que entonces era capitán general de Cuba, en España fue considerada su marcha como una empresa de reconquista de Méjico. Pero, en primer lugar, su intención nunca fue belicista y además, tras tomar contacto con el pueblo mejicano y sentir como propios sus anhelos, en el transcurso de las conversaciones se percató de que había sido engañado por Francia, ya que Napoleón III nunca había tenido intención de negociar con Juárez, sino de derribarle militarmente y entronizar a Maximiliano José de Austria como Emperador de los mejicanos.

En una carta enviada por el general Prim al almirante Lagravière expone el poco sentido que encuentra en entablar la lucha con unas tropas milicianas aniquiladas por una guerra civil de cuarenta años, y el escaso mérito y honor que representaría para España semejante victoria. Además manifiesta haber podido observar que el pueblo mejicano, en parte por los manejos de los virreyes, y en parte por la proximidad e influencia de la experiencia de los EEUU, odian a los reyes y desean la instauración de una república.

Así las cosas, y por decisión propia, embarca sus tropas y vuelve a España, consciente del amparo que le proporciona su prestigio, a pesar de las críticas a las que debe hacer frente en el Senado. A partir de este momento decide dedicarse sólo a la política, por lo que se entrevista con Isabel II para proponerle formar Gobierno. La Reina manifestó a Prim que veía con buenos ojos la propuesta. Pero, según se

llegó a comentar, al despedirse de ella el general y dar media vuelta vio reflejado en un espejo un gesto de desprecio de la Reina hacia él. Entonces comprendió que su política en América había disgustado a distintos estamentos políticos, principalmente a los conservadores, que no le perdonaron su proceder y le habrían cerrado todas las puertas, incluidas las de Palacio, antes de su regreso. Esta situación cambió en su ánimo sus inquietudes y tendencias, comenzando a desarrollar intrigas antidinásticas que como primera consecuencia promovieron una revolución en Asturias.

Con sus antecedentes, este episodio es considerado como otro arranque de soberbia del díscolo general —grave error— por lo que es desterrado con la confianza de que el alejamiento haría recapacitar al militar, que acabaría volviendo al redil. Pero esta vez la cuestión era mucho más seria, ya que el político que había nacido en él enfocaba la problemática española desde una perspectiva totalmente distinta.

Recorre Europa buscando apoyos para derrocar a los Borbones, tramando intrigas desde el exterior, donde era considerado un conspirador romántico y liberal, con el deseo de minar a O'Donnell y Narváez, crear el descontento militar y buscar respaldos a su causa incluso en Cuba, donde prometió, si era apoyado, una “semiindependencia” semejante a la de Canadá, que nunca llegaría a cumplirse y, a la postre, constituiría el desencadenante del descontento que acabaría conduciendo a la primera guerra de Cuba.

Finalmente en Septiembre de 1.868 desembarca en Cádiz y, junto con los generales Topete y Serrano, acaba derribando la monarquía borbónica. Los acontecimientos que se suceden desde este momento serán conocidos como la Revolución del 68, aunque el apelativo de Revolución resulte cuando menos pomposo, ya que no alcanzó a resolver, por la vía de la agitación y desestabilización violenta que caracteriza a las revoluciones, ninguno de los problemas sociopolíticos que gran parte de los españoles esperaba. A este respecto me adhiero, como no podía ser de otra forma, a la opinión del Conde de Romanones. La Revolución del 68 se llevó a cabo, como todas las nuestras; tuvo mas de traca y propaganda, mas de escenario y empujones que de proyectos; y sobre

todo sirvió para alimentar la “natural” expansión popular mediante disturbios y desordenes públicos, sin faltar, por supuesto, el destrozo de bienes muebles e inmuebles, ya tradicional, pero muy útil para conseguir que se fueran sedando los ánimos.



D. Amadeo ante el cadaver de Prim